

**INTRODUCCIÓN A UNA PRIMERA EDICIÓN DE**  
**“EL NACIMIENTO DEL YO”**  
de Tótila Ábert

A eso de los 75 años de edad, Tótila —que tras una apoplejía nunca se recuperó de la parálisis del lado derecho de su cuerpo— consiguió, con la mano muy temblorosa, escribir en el papel de envoltorio de unos cigarrillos, plateado por el reverso:

“He sido escultor, poeta y músico  
de mí mismo  
para la Gloria de Dios.”

Ya que efectivamente, dedicó Tótila buena parte de sus días a la escultura y no menos noches a la poesía, la primera de sus tres líneas no requiere de mayor explicación. Pero eso de “de mí mismo”, me parece que sí la requiere, pues aquello de ser “poeta de sí mismo” iba para Tótila más allá de lo que para Whitman había sido el “cantarse a sí mismo”. La palabra “*aus*”, que usaba Tótila en alemán para lo que más o menos equivale a “de”, tiene también la connotación de “desde”. Y como en castellano, “de” se usa en referencia al material a partir del cual algo está constituido —una cosa es *de* hierro o *de* madera, por ejemplo—no sólo hace referencia él en el título de su epopeya a que su tema será el nacimiento del yo, sino que el nacimiento en cuestión constituye la expresión o manifestación de un “yo profundo”, por lo que se podía decir que ésta estaba hecha de su yo; y al decir que ha sido poeta de sí mismo alude no sólo a que escribe sobre sí, sino que su acto de cantar su experiencia del mundo ha constituido una emanación de tal identidad.

Aunque la obra de Tótila sea una glorificación de la experiencia individual, se puede decir que en él se dió una profundidad de experiencia en la cual la voz individual se hace la voz de todos. En aparente contradicción con esto, sin embargo, está el que la experiencia de entrega a la inspiración llevaba a Tótila a no sentirse tanto el autor de sus obras o su mero tema como su materia prima—situación ésta que se torna en el tema de su último ciclo de poemas: *Der Schreiber Gottes*. Por otra parte, se puede decir que en su epopeya el “Nacimiento del yo”, en un primer plano, surgiese de un fondo de muerte psíquica continua.

Imagino que cuando Tótila escribió “para la Gloria de Dios”, saludaba a Bach a través de los siglos, pues tenía plena conciencia de cómo Bach firmaba sus obras con las palabras “*solí Deo gloria*”( por la gloria del Dios único): no sólo para Tótila era la experiencia de hacer poesía un proceso sagrado, sino que veía su obra como extensión sagrada de su cuerpo.

No son muchos los artistas de los que se puede decir, como de Bach o de Tótila, que su arte fuese un oficio divino. A aquellos poetas que, elevándose por sobre la mera condición de literatos, llegaron a ser hombres de conocimiento, los romanos llamaron “vates”, y los celtas “bardos.”

Pero no sólo fue Tótila invisible para sus contemporáneos en cuanto a sabio que había descendido a os infiernos y completado el “gran viaje del alma”, sino que también

como poeta. Cuando comenzó su obra—en Berlín, durante los años de preguerra, la misma dedicación a su obra había significado un encierro espontáneo en una especie de torre alquímica, durante el cual su poesía fue conocida sólo por un reducido grupo de amigos. Posteriormente, a su retorno a Chile al comenzar la segunda guerra mundial, Tótila debió volver a la escultura como medio de supervivencia; y cuando, tras su recuperación del trauma de la brusca interrupción de su obra y de su modo de vida, volvió a hacer poesía, siempre en alemán—no sólo era su lengua extraña a la de su país en que había nacido, sino que aún aborrecida por ser la de los nazis. Para sus contemporáneos, tanto en Alemania como en Chile, entonces, fue T sólo un escultor; sin embargo decía él a sus amigos que la escultura era su profesión, y su vocación la poesía.

Recuerdo la presencia física de Tótila como imagen frecuente en las veladas musicales que se celebraron a través de mi infancia y juventud en el salón musical de mi madre, pero nunca tuve una conversación con él hasta que—durante mi último año escolar, cuando por primera vez vivía solo, nuestros senderos se cruzaron en el parque forestal de Santiago—bello lugar de la capital chilena en que se situaba el Museo de Bellas Artes y frente al cual estaba, en un séptimo piso, el departamento en que vivía. Entablamos amistad instantáneamente y, pasado algún tiempo, pasó a ser parte de mi vida el hacerle una visita semanal en su pequeño departamento, —visible por estar situado en el 7° piso, en su parte superior, incluía una terraza en que T había puesto muchos árboles. (Recuerdo que alguna vez fue premiado Tótila por la “Sociedad de Amigos del Árbol” del país). Su amor por los árboles le venía de su padre, un naturalista que lo había llevado a muchas excusiones en los bosques vírgenes de Chile — y también en tales bosque tuvimos algunas de las conversaciones que forjaron nuestra amistad.

Más que nadie, ha sido Tótila para mí un padre espiritual, a pesar de que por su edad podría haber sido mi abuelo, y que nunca aceptó otra relación que aquella entre hermanos.

Ya cerca de su muerte, se despidió de mí un día con las palabras: “Ahora tú serás Tótila, yo me voy.” Y a mí respuesta—que apenas había egado a entender su “mensaje de los Tres” y que no había experimentado por ahora esa muerte y renacimiento de la cual me hablaba, me respondió a su vez que sólo me faltaba tiempo. Sin duda sentía que su semilla estaba plantada en mí y que yo era un buen terreno.

Sintiéndome su amigo más cercano y su principal heredero espiritual, decidió también hacerme heredero de su poesía, y me encargó llamar a un abogado para proceder a formalizar este deseo de acuerdo a la ley. Solicité el servicio de un conocido—Hernán Vera—y luego de recibirnos, ya durante su último año de vida— Tótila nos explicó que se había preguntado por qué seguía con vida después de haber terminado su trabajo al cumplir los 72, hasta comprender que aún le faltaba hacer algo: asegurarse de la transmisión de su obra. Beethoven se había podido permitir decir que su obra “se cuidaría a sí misma”—prosiguió—pues sabía Beethoven muy bien cuán profundamente había entrado su música en el mundo—(y pudo comprobar cuánta razón tenía por la dignidad única de sus funerales, sólo comparables a los de un emperador). Pero a Tótila le parecía necesario ocuparse del futuro de su obra, no sólo desconocida hasta entonces sino que

continuaría siéndolo por muchos años. Había incluso fantaseado con hacer como Goethe había pensado hacer con su segundo Fausto: envolverlo, y cerrar el paquete con una nota que dijese “abrir cien años después de mi muerte”.

Al parecer, los cien años de Tótila, más metafóricos que literales, han resultado ser 37 —cifra muy apropiada, ya que fue a los 37 cuando comenzó su proceso de iluminación y su inspiración poética. Sólo escribo ésto, ya en vísperas de una publicación—treinta y siete años después de su muerte y cuando yo voy llegando a los 72—la edad que T había imaginado como la de su muerte y resultó ser la de su apoplejía—cuando mi propia edad contribuye a hacer e momento oportuno.

Nunca me apresuré en dar a conocer la obra de Tótila, sintiendo que cuando legase el tiempo justo lo sabría. Durante los primeros tres años después de la muerte de T en 1967, era claro que el momento no había llegado porque me absorbían las responsabilidades del trabajo y de la familia. Siguió a ésta época una de peregrinaje, en la que todo quedó postergado a la prioridad de la vida espiritual, y luego me tocó vivir durante muchos años más o que podría llamar mi odisea particular, cuando tras el comienzo de una nueva vida continuaba en los mares tormentosos del propio proceso de transformación. Finalmente, me distrajo de tal tarea una intensa actividad docente, que coincidió con la maduración del fruto de mi vida.

Entretanto, sin embargo, he aprendido mejor el alemán, y he llegado a comprender mucho mejor a T a través de mi propia maduración espiritual. También, he hablado de Tótila en mis libros, preparándole así el camino a la eventual publicación de su obra. Primero expliqué su filosofía social en “La Agonía del Patriarcado”, y posteriormente escribí acerca del *Ich Epos* en “Cantos del Despertar”.

Ya durante la postrimería de la década de los 70 pensé, con el apoyo de la Dra Lola Hoffman y de Lama Govinda, en publicar una antología de Tótila con selecciones de cantos de la Epopeya —disponiéndome con ello a contravenir la preferencia expresa de Tótila, que nunca aceptó la publicación de fragmentos de esta obra en el curso de su vida, pues decía que la epopeya no podía ser desmembrada. Tal antología nunca llegó a publicarse, sin embargo, y me alegro de ello.

Intenté luego emprender la publicación de “La Epopeya del Yo” cuando la puerta, al parecer, aún no estaba abierta. Mi amigo Sebastián Elsseasser se interesó en el proyecto y ofreció ayudarme, pero después de algún tiempo de inactividad al respecto comenzó a quedar ciego, y luego tuvo serios problemas en la columna. Sólo después de veinte años le encargó a su secretaria en Alemania la digitación informática de la epopeya, y este fue el comienzo del libro que ahora aparece. Pero porque le parecía importante a Sebastián la revisión minuciosa del texto y pasaron muchos años sin que avanzara en ello más allá del primer tomo, nuevamente hubo de retarasarse el proyecto hasta muy poco tiempo atrás, cuando para suerte de Tótila y del mundo, he conocido a Cristina Bruno, que ha hecho el resto.

Conocía a Cristina Sólo meses atrás, como la mujer de Javier Lantero, que me invitó el año pasado a dar una conferencia bajo los auspicios de Fundación Educacional Tomillo, y nos acercó no sólo la música y su notable don de la improvisación al piano, sino el que fuésemos ambos grandes admiradores de Celibidache (ella como discípula y amiga y yo como alguien que conoció al maestro desde la distancia durante mi infancia en Chile, cuando tuvimos allá la suerte de que la guerra nos trajera a muchos de los grandes europeos). Me sentí movido a mostrarse a Cristina unas páginas del “dictado musical” de Tótila, y fui testigo de su profunda conmoción. Algunos días después, seguramente tras de haber leído Cantos del Despertar, me escribió ofreciéndome una donación nunca solicitada para el proyecto de publicar la epopeya de Tótila—y poco después siguió su oferta de revisar el texto. Aunque me dice que fue un regalo para ella hacerlo, no puedo dejar de sentir que también es cierto que ningún regalo podría ser más precioso para la obra de Tótila que haya sido ella quien se encargara de este trabajo — con amorosa dedicación y desde una profunda comunión con la obra y su autor.

Agradezco a Cristina Bruno el haber desencadenado a publicación de esta obra, así como agradezco a Cristina Riedl, secretaria de Sebastian, e haber traspasado al ordenador por primera vez su texto a partir de los libros en mi poder y de aquellos depositado por encargo de autor poco antes de la segunda guerra mundial en la biblioteca de la universidad de Basilea. Además, me parece el momento y lugar adecuado para agradecer las muchas horas de atención que recibí por parte de Lola Hoffman, amiga de Tótila de habla alemana que tanto me ayudó a entender el lenguaje de la epopeya durante los últimos años de su vida.